



DILEMAS Y DESAFÍOS DE LA NUEVA FASE DEL MOVIMIENTO ZAPATISTA

Juan Díez

Universidad de Buenos Aires

La Sexta Declaración de la Selva Lacandona y la *otra campaña*, lanzadas por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en junio de 2005, se enmarcaron en el proceso electoral para la elección de presidente, diputados y senadores federales de 2006. Esta situación ha generado, voluntaria o involuntariamente, la necesidad de sentar posición frente a dicho proceso y los candidatos; situación no totalmente nueva para el EZLN, puesto que el año de su aparición pública también coincidió con el calendario electoral. Si bien las y los zapatistas plantearon desde un inicio que su proyecto no es la toma del poder estatal ni la participación política en elecciones, esto no había impedido que se establecieran espacios de diálogo e iniciativas con partidos políticos, en particular con el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Sin embargo, la sanción de la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígena en abril de 2001 ha significado la ruptura del EZLN con la clase política, haciendo especial énfasis en las críticas y el deslinde con dicho partido y su candidato. De cualquier manera, este giro reflejado claramente a partir de la Sexta Declaración no deja de implicar dilemas y desafíos.

A fin de comprender la situación actual y la decisión del zapatismo, resulta conveniente repasar algunos momentos destacados de la relación con el PRD y el sistema político mexicano. Asimismo, en la presente ponencia se avanza en la identificación de algunos dilemas y tensiones que enfrenta la nueva propuesta zapatista en el contexto político mexicano actual así como en relación a la cuestión del Estado y el poder.

Relaciones y tensiones con el PRD

La primera reacción del líder del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, frente al levantamiento zapatista, al igual que la mayoría de los políticos e intelectuales mexicanos, fue criticar la opción armada del EZLN.¹ Sin embargo,

¹ Al día siguiente del levantamiento, Cárdenas sostuvo que la violencia “venga de donde venga” sólo llevaría al país a un “atraso social mayor”, siendo la acción civil y la “participación activa en las elecciones” la única manera de alcanzar la democracia (*El Financiero*, México, 2 de enero de 1994). Esta posición fue la que predominó en buena parte de los analistas políticos y los intelectuales (Cf. Bellinghausen, 2005).

conforme el EZLN se fue identificando como una organización indígena en lucha por la democratización de México, el apoyo a la legitimidad de la causa se sobrepuso al rechazo por la vía armada. A partir de las movilizaciones sociales contra la guerra y los comunicados zapatistas, Cárdenas fue acercándose al movimiento, concretando algunos encuentros con algunos líderes zapatistas mientras se desarrollaban las mesas de diálogo con el gobierno en la catedral de San Cristóbal de Las Casas durante los primeros meses de 1994. El 15 de mayo, Cárdenas se reunió con las y los zapatistas en la Selva y se comprometió a hacer suyos los diez puntos de la Declaración de la Selva Lacandona (Pérez Ruiz, 2006) y ambas fuerzas acordaron luchar, cada uno en su espacio y con sus estrategias, por la misma causa: la democratización de México.²

Pese a no llegar a un acuerdo en las negociaciones con el gobierno, el EZLN decidió mantener la suspensión de hostilidades sin deponer las armas, con el fin de “permitir a la sociedad civil que se organice en las formas que considere pertinentes para lograr el tránsito a la democracia”, como planteó en la Segunda Declaración de la Selva Lacandona (EZLN, Segunda Declaración, junio de 1994)³, en agosto de 1994. En el mismo texto convocó a una Convención Nacional Democrática (CND) en el poblado chiapaneco de Guadalupe Tepeyac, que contó con una participación sumamente importante y que se desarrolló durante las campañas electorales de ese año. La CND sirvió de marco para un primer acercamiento más formal del EZLN con el PRD. Las y los zapatistas cedieron un lugar importante a personas vinculadas con el PRD en la dirección de la CND y acordaron el apoyo a la candidatura de Cárdenas para la presidencia de la República y de Amado Avendaño como gobernador de Chiapas (Pérez Ruiz, 2006).

Tras el triunfo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en las elecciones de agosto de 1994, algunos grupos perredistas sostuvieron que el desempeño de su partido en dichos comicios –obtuvo el 17% de los votos quedando por detrás del PRI y el Partido Acción Nacional (PAN)– se había visto perjudicado por el miedo generado en muchos sectores de la sociedad por su cercanía con el EZLN. Pese a estos rumores y acusaciones, las y los zapatistas siguieron apoyando a la CND y a Cárdenas, siendo que los “dos representan una opción de cambio pacífico” y los instó a que unieran sus fuerzas y llamaran a la formación de un gran movimiento de oposición (EZLN, Comunicado, 4 de diciembre de 1994). En la Tercera Declaración, en enero de 1995, insistieron en la convocatoria a “la Convención Nacional Democrática y al ciudadano Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano a encabezar [el] Movimiento para la Liberación Nacional, como frente amplio de oposición” (EZLN, Tercera Declaración, enero de 1995).

Sin embargo, ya para los primeros meses de 1995 se dieron los primeros desencuentros. Pese al activismo de sus militantes chiapanecos, la dirigencia nacional del PRD no promovió movilizaciones de resistencia civil en todo el país ante el triunfo del PRI en la presidencia y la imposición del candidato priísta en Chiapas como habían acordado con las y los zapatistas. A su vez, el PRD presionó a Avedaño –que había sido nombrado por las y los zapatistas y otros grupos como “gobernador en rebeldía” de Chiapas– para que firmara su conformidad ante la toma de posesión del cargo del priísta Robledo Rincón (Pérez Ruiz, 2006). Finalmente, tras la renuncia de este último, el PRD estatal, con apoyo del Comité Ejecutivo Nacional, apoyó la designación de César Ruiz Ferro, de filiación priísta, como gobernador interino de Chiapas.

² Cabe tener en cuenta que, para el momento del alzamiento zapatista, el PRD estaba lejos de tener una estructura partidaria consolidada y se trataba más bien de distintas corrientes políticas y organizaciones sociales articuladas en torno a la figura de Cárdenas. El PRD tenía, en ese entonces, varios puntos de contacto con el zapatismo: la izquierda partidaria se encontraba excluida del sistema y en fuerte confrontación con el régimen priísta como lo ponen de manifiesto los triunfos en elecciones y cargos ganados pero arrebatados con fraudes y golpes de mano autoritarios, los cientos de asesinatos político dentro de las filas perredistas durante el gobierno de Salinas de Gortari y las campañas de desprestigio por parte de los medios masivos de comunicación, sobre todo Televisa y TV Azteca (Pineda Ramírez, 2005).

³ Todos los textos zapatistas (declaraciones, comunicados, ensayos, etc.) utilizados se encuentran disponibles en Internet. La producción discursiva desde 1994 a 2005 está en *Cartas y documentos del EZLN* (<http://palabra.ezln.org.mx>), mientras que en *Enlace zapatista* (<http://enlacezapatista.ezln.org.mx>) se puede consultar los textos desde 2006 hasta la fecha.

En 1996, hubo un nuevo intento de establecer una relación más formal en el marco del Foro para la Reforma del Estado en San Cristóbal de Las Casas, cuando las y los zapatistas se volvieron a reunir con una delegación del PRD, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador, donde acordaron dar inicio a una “relación formal fundada en la solidaridad y el respeto mutuo” (Hernández Navarro, 2005b). En las reuniones se había esbozado la idea de formar un Frente Amplio Opositor todo a lo largo del país, articulado en torno al PRD y con el apoyo del EZLN. Pero momentos después, el entonces presidente del partido del sol azteca, Porfirio Muñoz Ledo, desautorizó dicho acuerdo.

A partir de entonces, pese a las señales de uno y otro lado, la brecha entre las dos fuerzas se hizo cada vez más amplia. Existe una percepción bastante generalizada de que la reforma electoral de 1996 marca un punto de inflexión en la relación entre el EZLN y el PRD (Pérez Ruiz, 2006; Leyva Solano y Sonnleitner, 2000; Pineda Ramírez, 2005; Ramírez, 2005). Al mismo tiempo que las y los zapatistas organizaban el Foro Especial para la Reforma del Estado en el marco de la Mesa II de negociación de San Andrés sobre democracia y justicia, desde la presidencia se lanzó la Mesa del Diálogo Nacional para la Reforma del Estado, con la participación del PRI, el PAN, el PRD, el Partido del Trabajo (PT) y la activa presencia de la Secretaría de Gobernación. Esta estrategia del gobierno estaba orientada a desactivar el fuerte descontento social generado por los conflictos políticos y económicos de 1994, pero además tenía como objetivo no declarado restarles posibles aliados al EZLN. Como consecuencia de estos diálogos, en julio de 1996 se aprobó una reforma electoral, que modificó sustancialmente las reglas de competencia y abrió el juego político-electoral.⁴

Los efectos de la reforma se manifestaron rápidamente, en 1997, con el triunfo de Cárdenas como jefe de gobierno del Distrito Federal y con los buenos resultados en las elecciones legislativas intermedias a nivel federal y en la Asamblea Legislativa del DF, donde el PRI perdió por primera vez la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y el PRD se quedó con la amplia mayoría de la bancada, respectivamente. Pero también fueron visibles las repercusiones para el zapatismo. Una parte de los grupos, sindicatos y organizaciones sociales que habían apoyado las iniciativas zapatistas, especialmente la formación de un Frente Amplio Opositor, se volcaron a la lucha electoral. De esta manera, la estrategia de cerco del gobierno terminó dándole buenos resultados puesto que la reforma electoral le redujo buen número de aliados a las y los zapatistas.

Desde el punto de vista zapatista, el triunfo electoral de Cárdenas y la mayor participación institucional del partido a partir de 1997 no hicieron más que profundizar las diferencias que ya venían dándose. Desde ese momento, para el EZLN, la dirección del partido no sólo buscó impedir cualquier posibilidad para que el zapatismo saliera a hacer política abierta a nivel nacional sino que, a nivel del estado de Chiapas, tampoco condenó la existencia de grupos paramilitares en las filas perredistas. Las y los zapatistas asumieron que estas actitudes ponían de manifiesto la incorporación del PRD al sistema.

Este cambio hacia el EZLN también se reflejó en la propia organización del partido. En 1998 se modificó la política para las candidaturas externas, cerrándose así el espacio que antes tenían los movimientos y organizaciones sociales en la conformación del PRD (Abal Medina, 1998). Pero, al mismo tiempo, una de las estrategias electorales que se dio el partido mostró las huellas de origen, puesto que varios de los triunfos y el

⁴ Se modificó el vínculo institucional entre el Estado y las estructuras partidarias del PRI, con el establecimiento del Instituto Federal Electoral (IFE) como un órgano autónomo en manos de ciudadanos independientes y ya no sujeto al control del gobierno, encargado de armar los padrones electorales y controlar las campañas electorales. Se propició el control constitucional de los actos y resoluciones de las autoridades electorales a través del Tribunal Federal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TFEPJF). Se incorporó la representación proporcional en el Senado. Se establecieron condiciones más equitativas de competencia, especialmente en relación al financiamiento de los partidos y el espacio en los medios de comunicación. Y se aprobó la elección por sufragio popular del jefe del gobierno del Distrito Federal.

crecimiento a nivel nacional se dieron por priístas que habiendo perdido la interna en su partido, se pasaron al PRD y ganaron las elecciones a través de esta fuerza política.⁵

También en otro aspecto el PRD ha mostrado las pocas intenciones por romper las fuertes inercias que genera la cultura política mexicana forjada durante los largos años del régimen priísta. La experiencia de los gobiernos perredistas en el Distrito Federal muestra que no han generado espacios para que la gente se involucre más y pueda tomar más decisiones. Los escasos esfuerzos de participación ciudadana por parte de los gobiernos de Cuauhtémoc Cárdenas (1997-2000) y Andrés Manuel López Obrador (2000-2006) estuvieron fuertemente condicionados por cuestiones políticas (Zermeño, Gutiérrez Lozano y López, 2002; 2005; Bartra, 2005). De esta manera, la izquierda partidaria ha hecho pocos esfuerzos por alterar la cultura política paternalista, sin poder romper con las prácticas y modos de hacer política priístas (Ramírez, 2005).

De cualquier modo, el momento de quiebre definitivo entre el EZLN y el PRD se produjo en abril de 2001, cuando la sanción de la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígenas, que resultó contraria a la propuesta elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) para la cual las y los zapatistas habían marchado hasta la Ciudad de México, contó con el voto de cuatro senadores del PRD.⁶

Así, tras varios años de idas y vueltas, de encuentros y desencuentros, el EZLN y el PRD emprendieron finalmente caminos separados.

La ruptura con el sistema político a partir de la Sexta

A la sanción de la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígena en abril de 2001 por parte del Congreso de la Unión y la ratificación por los Congresos locales, sumado a la decisión de no intervenir por parte del Poder Ejecutivo y la Suprema Corte alegando que era un asunto que correspondía al Congreso en su calidad de Constituyente, el EZLN los tomó como el cierre de la vía institucional y, por consiguiente, como la ruptura definitiva con el sistema político en su conjunto. Este hecho vino a clausurar varios años de búsqueda de diálogos y acuerdos con el gobierno y con los partidos políticos, como fueron los Diálogos de la Catedral en 1994 y los Acuerdos de San Andrés en 1996, donde no sólo no se ha cumplido con lo firmado sino que por parte del sistema político se ha evidenciado una connivencia con distintos grupos paramilitares en el marco de una más amplia estrategia de contrainsurgencia en Chiapas. El cambio de actitud del zapatismo es categórico como lo dejaban en claro, a diez años del levantamiento, las palabras del subcomandante Marcos: "El principal aprendizaje durante esta década es que con la clase política mexicana no hay nada que hacer definitivamente, ya ni reírse, pues" (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:300).

Un año más tarde, las y los zapatistas reafirmaron su posición frente a la clase política con la publicación de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, al recordar el desenlace de la Marcha de la Dignidad Indígena:

"Y ya por último, en 2001, hicimos la que se llamó la 'marcha por la dignidad indígena' que tuvo mucho apoyo de millones de mexicanos y de otros países, y llegó hasta donde están los diputados y senadores, o sea el Congreso de la Unión, para exigir el reconocimiento de los indígenas mexicanos.

⁵ Esta situación se produjo en los triunfos a gobernador de Zacatecas y Tlaxcala en 1998, Baja California Sur en 1999 y, más recientemente, Chiapas en 2006. Esta estrategia no sólo debilitó la pobre identidad partidaria, sino también su estructura al generar conflictos e incluso la desertión de parte de la militancia a nivel local que en varios casos se vio desplazada por candidatos de otros partidos y por personalidades antes criticadas por el mismo PRD (García Ponce, 2005).

⁶ Fue el caso de los legisladores Jesús Ortega, Lázaro Cárdenas Batel (hijo de Cuauhtémoc Cárdenas), Demetrio Sodi y Daniel López Nelio.

Pero resulta que no, que los políticos que son del partido PRI, el partido PAN y el partido PRD se pusieron de acuerdo entre ellos y nomás no reconocieron los derechos y la cultura indígenas. [...]

Y entonces pues ahí lo vimos claro que [...] no tiene caso que estamos hablando con los políticos porque ni su corazón ni su palabra están derechos, sino que están chuecos y echan mentiras de que sí cumplen, pero no. O sea que ese día que los políticos del PRI, PAN y PRD aprobaron una ley que no sirve, pues lo mataron de una vez al diálogo y claro dijeron que no importa lo que acuerdan y firman porque no tienen palabra. Y pues ya no hicimos ningún contacto con los poderes federales, porque entendimos que el diálogo y la negociación se habían fracasado por causa de esos partidos políticos” (EZLN, Sexta Declaración, junio de 2005).

La clausura de las relaciones con los partidos políticos es una de las mayores rupturas en relación con el proyecto político del EZLN anterior que plantea la Sexta Declaración. Como las y los zapatistas lo dicen claramente, no se trata de una decisión caprichosa o tomada *a priori*, sino que la crítica se funda en la práctica y comportamiento concretos del PRI, del PAN y del PRD frente al zapatismo. El EZLN buscó el diálogo, acordaron con el gobierno, firmaron y después, siguiendo una práctica común en la política mexicana, fueron *ninguneados* (Roitman Rosenmann, 2005). El desenlace de la Marcha de la Dignidad Indígena con la sanción de la reforma constitucional en 2001 abrió la posibilidad de plantear que si los pueblos indígenas no son sujetos de derechos, no forman parte de la comunidad política y, por consiguiente, tampoco forman parte de la democracia representativa (Participación del investigador Luis Villoro en *El Otro Seminario*, Querétaro, 8 de septiembre de 2007). De ahí la posición zapatista de no darle importancia a las elecciones, a los partidos políticos y al gobierno.

La anticipada campaña electoral, los conflictos al interior de los partidos políticos para definir sus candidatos y la abierta confrontación entre los partidos constituyeron un nuevo escenario de oportunidad política que las y los zapatistas buscaron capitalizar a su favor mediante el lanzamiento de la Sexta y la *otra campaña*. La coyuntura abría una posibilidad nada despreciable para recuperar la iniciativa y romper el aislamiento tanto político como mediático que se había venido constituyendo en los últimos años en torno al zapatismo. Así, las y los zapatistas aprovecharon esta coyuntura para retomar y profundizar sus denuncias contra la clase política.

Sin embargo, resulta necesario remarcar que no es el rechazo a los partidos políticos la cuestión central de la Sexta y la *otra campaña*. La oposición está construida en torno al sistema capitalista que, más marcadamente en los últimos años, ha transformado profundamente a la clase política mexicana.⁷ Si tienen un lugar importante no es por los políticos o los partidos en sí, sino porque esa crítica permite poner en evidencia una manera específica de hacer política. Como lo plantean claramente en el texto de la Sexta:

“¿Estamos diciendo que la política no sirve? No, lo que queremos decir es que ESA política no sirve. Y no sirve porque no toma en cuenta al pueblo, no lo escucha, no le hace caso, nomás se le acerca cuando hay elecciones...” (EZLN, Sexta Declaración, junio de 2005).

Queda claro que no es una actitud o discurso antipolítico el que orienta a las y los zapatistas. La *otra campaña* más bien intenta recuperar otra noción de política. Desde la perspectiva zapatista, se trata de la construcción de un espacio para la palabra y para la atenta escucha con el fin de aprender de las distintas experiencias de luchas e ir construyendo colectivamente otros modos de pensar y hacer política. Mientras la política tradicional gira siempre en torno a las elecciones y subordina prácticamente todo a ese momento, la otra política es un asunto de todos los días, una actividad cotidiana, que se despliega en todos los espacios y dimensiones de la vida.

⁷ En la Sexta, las y los zapatistas sostienen que “el neoliberalismo cambió a la clase política de México, o sea a los políticos”. Reafirmando esta idea, Gilberto López y Rivas (2005) sostiene que las críticas a los partidos, y particularmente al PRD, se basan en consideraciones sobre la incapacidad o falta de intenciones de los mismos para escapar de la lógica del sistema capitalista y la efectividad de éste para corromper a sus dirigencias.

Pese a las lecturas abstencionistas o antielectorales, lo que plantean las y los zapatistas a partir de la Sexta es que ya no van a proponer ni a promover negociaciones con la clase política o el apoyo a alguna candidatura (EZLN, "Reunión preparatoria con organizaciones políticas de izquierda", 6 de agosto de 2005). No es un llamado a no votar, sino a que la tarea fundamental en este período es el encuentro y conocimiento de los distintos grupos, colectivos y personas que están luchando contra el capitalismo, entre quienes ir discutiendo y definiendo un Plan Nacional de Lucha.

Tal como empieza la Sexta Declaración y repiten reiteradas veces en el texto, las y los zapatistas apelan a la "palabra sencilla" para que el mensaje resulte más claro y directo. No obstante, pareciera en principio paradójico que es quizás la declaración más malinterpretada, incomprendida, polemizada y hasta ignorada por muchas y muchos, e incluso por algunas y algunos que antes decían entender al zapatismo (Hernández Alpízar, 2006). En parte, esto se debe a que la Sexta Declaración y, sobre todo, algunos textos e intervenciones del subcomandante Marcos en el contexto de la nueva iniciativa, tienen un lenguaje más simple, pero a la vez mucho más duro, que se distancia del discurso abierto que caracterizaron a las declaraciones y comunicados zapatistas previos. Según Hernández Navarro (2005a), no son pocos los partidarios e intelectuales de izquierda que apoyan la causa y las acciones del EZLN, pero que ahora rechazan o critican el lenguaje y ciertas decisiones de las y los zapatistas. Con la contundencia de las denuncias hacia el PRD y su candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador, el movimiento zapatista ha polarizado la opinión de dirigentes, militantes e intelectuales de izquierda. Este énfasis en el PRD y López Obrador puede entenderse por la historia previa de mayor acercamiento entre ambas fuerzas políticas, por lo que resultaba necesario profundizar en las razones de ruptura con el PRD más que con el resto de la clase política. Sin embargo, la insistencia y el tenor de las denuncias dieron lugar a que fuera magnificada la polémica por los medios de comunicación así como por algunos analistas y militantes de izquierda. En ese sentido, pese a que el momento era propicio por los evidentes conflictos dentro de la clase política arriba mencionados, quizás no favoreció mucho la coyuntura electoral para el lanzamiento de la iniciativa zapatista, puesto que obligó a tomar posición y, al menos en un primer momento, desvió el eje de discusión que plantea la Sexta y la *otra campaña* al centrarse demasiado en la cuestión electoral.

Asimismo, es dable pensar que las críticas, las polémicas o las descalificaciones son el precio que las y los zapatistas tienen que pagar por entrar a la escena política con la intención de construir un amplio movimiento nacional que, aunque no tiene intenciones electorales, supone la inscripción de su lucha en la dinámica política nacional y la disputa por alterar la correlación de fuerzas sociopolíticas.

De cualquier manera, el mayor costo político de la polémica abierta con el PRD y López Obrador para el movimiento zapatista ha sido a nivel de los medios de comunicación, y especialmente del periódico *La Jornada* (Entrevista con David, Ciudad de México, 12 de septiembre de 2007). Desde su fundación en septiembre de 1994, este periódico había ido ganando gran reconocimiento al dar lugar a voces de la sociedad que otros medios ignoraban y al apoyar distintas expresiones de la izquierda mexicana. De ahí que no llamó la atención que, a partir del alzamiento zapatista de 1994, se convirtiera en una caja de resonancia de la palabra zapatista, publicando todos los comunicados del EZLN y realizando una amplia cobertura de las distintas iniciativas del movimiento. Sin embargo, a raíz de las fuertes críticas hacia el PRD y López Obrador por parte de los comunicados zapatistas desde 2005, *La Jornada* disminuyó notoriamente la atención a las palabras y actividades zapatistas (Liera, 2008).⁸ Esta situación, si bien se trató de suplir a través de los medios de comunicación alternativos, no cabe duda que ha resentido la dinámica de la *otra campaña* puesto que con la misma se

⁸ El cambio en la línea editorial del periódico en relación al zapatismo probablemente se puede entender a partir del hecho de que el director fundador, Carlos Payán, fue senador por el PRD y que es el principal medio escrito beneficiado por la publicidad del Gobierno del Distrito Federal perredista. Con todo, pese a la reducción de la cobertura, cabe señalar que sigue siendo uno de los medios de comunicación masivos que hace mayor referencia al zapatismo, especialmente a través de la labor periodística de Hermann Bellinghausen junto con otras y otros corresponsales, y de los análisis y notas de opinión de varios de sus columnistas.

busca visibilizar las distintas luchas y resistencias que hay en México aprovechando la capacidad mediática del EZLN.

Pese a que existe en política la tendencia de autoproclamarse como representantes verdaderos de la izquierda y, desde ahí, descalificar a las demás fuerzas por no ser de izquierda o, incluso por ser una opción falsa, para Carlos Montemayor (2005), no parece ser esa la intención de las y los zapatistas. Según este autor, “la cuestión fundamental planteada por el EZLN creo que es más profunda y clara: convocar al reordenamiento de la izquierda y del cambio social del país no desde la perspectiva de las cúpulas de poder, sino desde las bases sociales. Porque, en efecto, suelen olvidar los políticos que entre las elites de poder un país se ve diferente desde la realidad de los pueblos”.

La nueva iniciativa pareciera buscar resolver una de las tensiones en las estrategias previas del movimiento zapatista que se planteaba entre la disyuntiva de apelar a las instituciones para buscar una solución al conflicto, como en la Primera y la Quinta Declaración de la Selva Lacandona, o hacerlo a través de la construcción de una alternativa “desde abajo”, en la sociedad, como convocaron en la Segunda, Tercera y Cuarta Declaración. A partir de la Sexta, como sostiene Luis Garrido (2005) en coincidencia con la frase del subcomandante Marcos antes citada, “[l]os zapatistas no otorgan ya el beneficio de la duda a la clase política”. La decisión recae claramente en la segunda opción, al enfatizar la necesidad de pensar el cambio a nivel de las prácticas sociales y las subjetividades. La lucha ya no busca apelar al sistema político y a las instituciones, sino que se centra en la construcción de un proyecto entre las distintas personas, grupos y organizaciones que se encuentran resistiendo al capitalismo. En tal sentido, la *otra campaña* busca poner el foco sobre las pequeñas y múltiples historias y resistencias, y no en los partidos, en sus candidatos y en sus propuestas.

La nueva fase parecería mostrar más claramente un distanciamiento del modelo tradicional de organización política, desplazando la lucha centrada en el sistema político hacia formas de acción que conciernen a la vida cotidiana y que buscan más bien modificar matrices culturales. En tal sentido, siguiendo a Melucci, este desplazamiento refleja un cambio en la esfera de acción puesto que “no luchan meramente por bienes materiales o para aumentar su participación en el sistema. Luchan por proyectos simbólicos y culturales, por un significado y una orientación diferentes de acción social” (Melucci, 1999:48).

Cuestión(amiento) de(l) Estado

Para algunos, la nueva etapa emprendida por el movimiento zapatista a partir de la Sexta Declaración y la *otra campaña* ha reactualizado las discusiones sobre las estrategias en torno al Estado y, en particular, la cuestión de luchar por dentro o por fuera del sistema (Wallerstein, 2006; González Casanova, 2006). Ya en 1994, en medio del desconcierto político y teórico simbolizado con la caída del muro de Berlín, las y los zapatistas volvieron a traer, problematizadas, la cuestión del poder y las maneras de pensar el cambio social al plantear que no aspiraban tomar el poder.

“[...] pensamos que había que replantear el problema del poder, no repetir la fórmula de que para cambiar al mundo es necesario tomar el poder, y ya en el poder, entonces sí lo vamos a organizar como mejor le conviene al mundo, es decir, como mejor me conviene a mí que estoy en el poder.” (EZLN, Comunicado, 30 de julio de 1996).

El estilo dado por el movimiento zapatista al levantamiento chiapaneco desató un inusitado debate tanto en el ámbito académico como en el político, involucrando a intelectuales, dirigentes políticos y sociales e impregnando las discusiones de importantes movimientos y organizaciones de América Latina y de otras partes del mundo. Sin embargo, como advierte Zibechi (2003), muchos partidos políticos de izquierda de la región así como varios intelectuales y analistas no han dado gran relevancia a este debate, o quienes lo han hecho,

generalmente, han rechazado o descalificado la posición zapatista sin demasiadas argumentaciones o mediante el recurso a viejas polémicas acerca de las vías, poniendo nuevamente el foco en la centralidad del Estado. Aunque menos frecuente, las posturas de Holloway (2000) y Borón (2001) -por citar sólo algunas que han tenido cierta repercusión- han buscado polemizar sobre la base de diferentes interpretaciones sobre el movimiento zapatistas y sus formulaciones.⁹

Al lado del alzamiento armado y de la declaración de guerra de la Primera Declaración, las y los zapatistas iniciaron una guerra paralela contra el Estado con el fin de apelar y arrebatarle los símbolos que monopolizó durante años (Volpi, 2004). Esto que, en principio, podría parecer una contradicción se entiende desde la perspectiva de que el Estado en algunos casos puede crear espacios para la organización de actores políticos y sociales, al tiempo que también puede proveer recursos para desafiar la misma estructura estatal (Skocpol, 1984). Los formidables elementos simbólicos dentro del imaginario social y los lazos identitarios contruidos a lo largo de la historia mexicana resultaron un recurso fundamental para el movimiento zapatista. A su vez, dada la presencia históricamente de un Estado fuerte que ha funcionado como principio unificador de la sociedad mexicana, este rasgo ha permitido, en contrapartida, revueltas generalizadas y generalizables en contra del adversario estatal compartido (Zermeño, 2001). De ahí que el alzamiento zapatista pudo presentarse como un conflicto nacional y no sólo local, y al mismo tiempo funcionó como un catalizador de una multiplicidad de las luchas y los descontentos de muy distintas organizaciones, grupos y personas.

Durante los primeros años, gran parte de la producción discursiva del movimiento zapatista se centró en la crítica contra el régimen de partido de Estado, advirtiendo que éste no sólo se limitaba a un férreo control sobre la arena política y al ejercicio autoritario del poder, sino a todo un complejo sistema que a lo largo de los años había ido arrancando a la sociedad toda posibilidad de toma de decisiones, penetrando todas las dimensiones de la vida pública.

“El sistema político mexicano tiene su fundamento histórico, su crisis presente y su mortal futuro, en esa deformación llamada «sistema de partido de Estado». No se trata sólo de un maridaje entre el gobierno y el partido de Estado (el Partido Revolucionario Institucional), sino de todo un sistema de relaciones políticas, económicas y sociales que invaden, incluso, a las organizaciones políticas opositoras y a la llamada «sociedad civil».

[...] cualquier intento de «reforma» o «equilibrio» de esta deformación es imposible *desde dentro del sistema de partido de Estado*. No hay «cambio sin ruptura». Es necesario un cambio profundo, radical, de todas las relaciones sociales en el México de hoy. *Es necesaria una revolución, una nueva revolución*. Esta revolución sólo será posible desde fuera del sistema de partido de Estado.” (EZLN, “La historia de los espejos”, mayo de 1995) [Cursivas en el original].

De ahí que el movimiento zapatista se orientara a un profundo cambio en la cultura política mexicana a través de nuevas formas de pensar y hacer política. De cualquier manera, las y los zapatistas no parecieron seguir totalmente esta caracterización del particular contexto mexicano ni las consecuencias que se derivan de la misma. Si bien desde un primer momento plantearon su rechazo a la estrategia de toma del poder y lanzaron potentes críticas hacia el Estado, no parecieron poder resistirse totalmente a esa fuerte atracción hacia el vértice que, según Zermeño (2001), caracteriza a la cultura política mexicana. Así, en la primera Declaración de la Selva Lacandona apelaron a los Poderes Legislativo y Judicial para que reestablecieran la legalidad y depusieran al presidente; a partir de las movilizaciones sociales en su apoyo establecieron mesas de diálogo

⁹ Resulta preciso aclarar que la polémica entre Holloway (2000) y Borón (2001) se basa en interpretaciones y discusiones que se inspiran en ciertos elementos del movimiento zapatista, aunque no reflejan exactamente la experiencia zapatista. Esta precisión se vuelve sumamente relevante si se tiene en cuenta el contexto en el cual se escribe esta tesis, puesto que, en coincidencia con Zibechi (2003), es quizás en Argentina donde las tesis del zapatismo y de Holloway han tenido una amplia difusión entre intelectuales y militantes de movimientos sociales y partidos. Pero, al mismo tiempo, el impacto mediático provocó también un contramovimiento bastante fuerte que, en no pocos casos, ha tendido a asimilar dichas posiciones como si fuesen las mismas.

con el gobierno; en 1996 firmaron los Acuerdos de San Andrés; y a principios de 2001 marcharon en reclamo del reconocimiento constitucional de los derechos y cultura indígenas.

Teniendo en cuenta estas iniciativas resulta difícil sostener que las y los zapatistas desconocen al Estado, como lo hace el historiador Carlos Aguirre Rojas (Participación en *El Otro Seminario*, Querétaro, 8 de septiembre de 2007), entre otros. Este tipo de lecturas, más que resolver los dilemas que se encuentran implicados en torno a la cuestión estatal, pueden correr el riesgo de ignorarlos y, por lo tanto, no permiten percibir y contrarrestar las múltiples estrategias y recursos que tiene el Estado, desde la represión hasta mecanismos de cooptación e integración, para desarticular los procesos organizativos.

Aunque tampoco se trata de caer en el error opuesto. Una de las primeras objeciones de Borón (2001) contra el rechazo a la estrategia de tomar el poder y la consecuente ruptura del vínculo entre revolución y control del Estado que plantea Holloway, y que después lo extiende también al movimiento zapatista, es que la centralidad del Estado está dada por el propio capitalismo “que ha ido adoptando cada vez más un patrón estadocéntrico de organización”.¹⁰

Esta razón no sólo no parece suficiente. Por el contrario, resalta la necesidad de buscar otros caminos alternativos al capitalismo y al Estado: tratar de ir desarrollando formas alternativas de pensar y actuar, al tiempo de ir creando instituciones de nuevo tipo que vayan articulando, primero, los distintos grupos y sus luchas y, luego, extendiéndose al conjunto de la sociedad. Estas instituciones y mecanismos, como lo revela la propia experiencia zapatista con los municipios autónomos y las Juntas de Buen Gobierno, tienen que pensarse como un proceso en constante construcción, discusión y control para evitar caer en las viejas prácticas. La idea es avanzar en esa construcción que permita ir reemplazando al Estado por otras formas prefigurativas, es decir, formas que se orienten a no (re)producir relaciones y efectos contrarios a los que se dicen defender. En tal sentido, la propuesta de la Sexta y la *otra campaña* brindan importantes elementos para pensar el cambio por ese camino.

De todos modos, y en relación a esto último, la nueva etapa no deja de plantear algunos dilemas y ambigüedades. En la primera reunión preparatoria de la *otra campaña* con organizaciones políticas de izquierda, las y los zapatistas sostuvieron:

“El problema del poder no es nuestro problema, el EZLN repite que no lucha por el poder, pero no dice que no hay que luchar por el poder; si fuera así no habríamos invitado a todas las organizaciones políticas que tienen una propuesta de toma del poder. Lo que nosotros decimos es que no nos corresponde a nosotros. Nosotros vamos pues, por otro camino. Si hay un partido u organizaciones de partidos que tomen el poder y si responden a las causas populares, qué bueno, bienvenido” (EZLN, Respuesta a organizaciones políticas de izquierda, 6 de agosto de 2005).

Estas palabras reiteran la disposición del EZLN de no luchar por la toma del poder, aunque no resulta demasiado claro porqué el poder no es un problema del EZLN. Esta afirmación parece más bien contribuir a las críticas sobre la pretensión zapatista de que la cuestión del poder no existe¹¹, y no refleja la insistencia previa

¹⁰ Y agrega: “[...] si en el pensamiento marxista clásico se advierte con nitidez la presencia de un cierto estadocentrismo -más o menos marcado según los casos-, ello obedece a dos causas. Por un lado, al hecho de que el marxismo como teoría reproduce en el plano del pensamiento los acontecimientos, procesos y estructuras que existen en la realidad; por el otro, porque como teoría no puede quedar inmune ante la influencia que sobre las fuerzas contestatarias ejerce la forma predominante de organización de sus opresores” (Borón, 2001).

¹¹ Esta es justamente una de las críticas que realiza Borón: “A los zapatistas les asiste toda la razón cuando previenen en contra de la ilusión de que basta con la toma del poder para producir los formidables cambios que tiene en su agenda la revolución [...] desoír la advertencia zapatista sería un imperdonable error. Pero no se combate al reduccionismo aparatístico de quienes agotan el proyecto revolucionario en la sola conquista del poder con un error simétrico, pero de sentido contrario, y consistente en *pretender que la cuestión del poder no existe*” (Borón, 2001) [Las cursivas son mías].

a repensar el problema del poder, como aparece en otras intervenciones y declaraciones zapatistas. Por otro lado, la convocatoria a organizaciones políticas que tienen el objetivo de tomar el poder no deja de generar otros interrogantes. ¿Por qué invitar a un mismo movimiento a organizaciones que van por distintos caminos? ¿Qué sentido tiene convocar a la construcción de un movimiento que, si bien no se precisa explícitamente en la Sexta Declaración y otras intervenciones posteriores, siguiendo los llamados realizados en otras declaraciones, podría pensarse que busca construir fuerza social y política más que tomar el poder? ¿O es que el proceso de la *otra campaña* se orienta, en esa cuestión, en una dirección diferente a las anteriores convocatorias del EZLN? El problema que subyace a estos interrogantes es que, en nombre de la amplitud o la necesidad de extender las bases del movimiento, se adopten ciertas prácticas y dinámicas que terminen redundando a la larga en duros obstáculos para los cambios que se plantean.¹²

Asimismo, el desplazamiento del antagonista en el discurso zapatista, del sistema de partido de Estado al sistema capitalista, a partir de la derrota del PRI en las elecciones presidenciales de 2000 y que se refleja en la Sexta Declaración, podría haber llevado a caer en el error, compartido por varios analistas y observadores nacionales e internacionales, de creer en el fin del sistema de partido de Estado demasiado rápido. Pero no sólo eso. De tener un lugar significativo en las caracterizaciones y los análisis del sistema político mexicano como obstáculo para cualquier cambio profundo en México, a partir de la Sexta, el Estado es uno de los grandes ausentes. Las y los zapatistas han buscado justificar esta ausencia explicando que la definición del Estado y las estrategias frente a éste estaban pendientes porque su discusión y elaboración debería ser parte del proceso de trabajo colectivo de la *otra campaña* (EZLN, Reunión preparatoria con organizaciones políticas de izquierda, 6 de agosto de 2005).

Así parece estar dándose, puesto que para varios participantes de la *otra campaña*, la posición zapatista frente a las elecciones y la clase política ha llevado hacia adentro y entre los distintos grupos y colectivos a discutir las distintas estrategias así como las lógicas que subyacen a las mismas (Entrevista con *David*, Ciudad de México, 12 de septiembre de 2007).¹³ Estos debates y discusiones resultan un crucial aporte para las luchas sociales al tratar de ir dando mayor claridad a las discusiones a partir de las cuales seguir agudizando la comprensión de los procesos sociopolíticos y las perspectivas para las luchas actuales. Las cuestiones de las estrategias y del poder son un campo de confrontación extremadamente sensible dada sus consecuencias políticas, en el que es preciso ir definiendo las posiciones y promoviendo la necesaria polémica.

De cualquier manera, en dichos encuentros y reuniones, algunos participantes reconocen que resulta difícil hacer entender por qué no seguir la estrategia de lucha a través del Estado y de las elecciones. Sostienen que se trata de ir contra una necesidad, un imaginario político, bastante generalizado de “querer ver los cambios” (Entrevista colectiva con una organización adherente a la Sexta Declaración y participante de la *otra campaña*, Ciudad de México, 24 de septiembre de 2007). De ahí que una buena cantidad de personas siga poniendo sus esperanzas en algún candidato o un partido que genere cambios más rápidos desde el Estado, mientras que las transformaciones que propone el zapatismo se ven como más lentas y más a largo plazo. Lo cierto es que, más allá de los debates y críticas, una parte significativa de personas y organizaciones sigue viendo al Estado como un interlocutor privilegiado y un actor central dentro de la estrategia de cambio. Estas

¹² Desde la creación de las Juntas de Bueno Gobierno y nuevamente a partir de la Sexta Declaración, este es uno de los principales obstáculos contra los que se está enfrentando el movimiento zapatista al buscar la separación de la estructura militar del EZLN de la toma de decisiones democrática en las comunidades indígenas zapatistas.

¹³ En ese marco se inscriben propuestas como las de “El Otro Seminario”, organizado por el colectivo Jóvenes en Resistencia Alternativa, como un espacio de intercambio, discusión teórica y análisis entre adherentes a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, cuyos ejes temáticos de su tercera sesión, desarrollada en Querétaro el 8 y 9 de septiembre de 2007, fueron justamente el debate sobre el Estado y la relación entre éste y los movimientos sociales. En la misma línea pueden citarse el Encuentro con intelectuales del 21 de marzo de 2006 en Guadalajara como parte del recorrido de la Comisión Sexta, más recientemente el Primer Coloquio Internacional *In memoriam* Andrés Aubry realizado del 13 al 17 de diciembre de 2007 en San Cristóbal de Las Casas, así como otros encuentros y artículos publicados en revistas y medios electrónicos.

visiones se refuerzan mucho más dentro de la cultura política mexicana fuertemente paternalista, interiorizada profundamente en la mayoría de las mexicanas y los mexicanos.

Desde ciertas perspectivas, no necesariamente opuestas al zapatismo, se alega que la cuestión electoral podría tenerse en cuenta desde una perspectiva defensiva, como un ámbito en el que no se llega a cambios revolucionarios, pero que puede abrir un cierto espacio para la acción de los movimientos y fuerzas de izquierda o para evitar el avance de la derecha (Garrido, 2005; Wallerstein, 2006). En ciertas circunstancias y momentos particulares, puede evaluarse la presión o la lucha a través del Estado a fin de lograr el acceso a recursos para fortalecer las luchas. Estas acciones no implican necesariamente seguir la estrategia de tomar el poder del Estado, siempre y cuando no significan el eje estructurador al que subordina todo el proyecto político, sino más bien son pensadas como movimientos tácticos frente a coyunturas particulares.

Aunque no son menos ciertos los argumentos que sostienen la posición contraria. Como el mismo Wallerstein (2006) reconoce, varias de las experiencias históricas muestran que muchos de los partidos o movimientos denominados de izquierda que han alcanzado el poder estatal, han hecho todo lo que estaba a su alcance para neutralizar a aquellos grupos o fuerzas que no están bajo su control directo, bajo el discurso de que debilitan el propio campo y sirven a la derecha.

La cuestión no parece ser tan simple y, por el contrario, reviste gran complejidad. Incluso, independientemente de que se logre el poder del Estado, las restricciones del juego electoral así como de las estructuras políticas y económicas, tanto nacionales como internacionales, hacen que los partidos y gobiernos adopten cierto tipo de comportamiento y generalmente tiendan hacia el centro del espectro político. Las organizaciones sociales, en cambio, tienen mayor margen de maniobra, haciendo que las lógicas, tiempos y limitaciones sean diferentes y, en consecuencia, resulte sumamente difícil lograr una articulación entre los diferentes grupos, intereses y demandas. La cuestión electoral, al plantear la disyuntiva entre participar o no de las elecciones, las más de las veces ha llevado a la ruptura de los procesos organizativos de los sectores populares (Zermeno, 2001; Coll Lebedeff, 1999). La mayoría de las organizaciones terminan divididas, o son cooptadas a través de cargos políticos o programas sociales.¹⁴ Como destaca Pérez Ruiz (2006), la historia misma del movimiento zapatista pone en evidencia que varias de las tensiones y dificultades para articularse con otras organizaciones políticas, campesinas e indígenas mexicanas estuvieron atravesadas por las diferencias de posiciones en torno al dilema, frente a cada proceso electoral, de participar o no en el mismo. Conflictos similares volvieron a plantearse en el proceso de la *otra campaña*. De hecho, a diferencia de lo que posiblemente previera el zapatismo al comienzo de la nueva iniciativa zapatista de que, a partir del contraste entre la campaña electoral y el proceso de la *otra campaña*, la gente terminaría optando y volcándose mayoritariamente a éste último, las elecciones y el conflicto poselectoral terminaron generando el alejamiento de varios grupos.

Quizás la cuestión resida en no trazar una línea divisoria totalmente rígida. En esa misma dirección, resultan pertinentes las palabras de Holloway cuando plantea:

“La idea no es crear una nueva línea correcta. Precisamente, porque el movimiento es amplio y porque todos estamos confundidos (cualquiera sea nuestro grado de pureza ideológica), es importante discutir claramente. El hecho de que aquellos que canalizan sus luchas hacia el Estado coincidan con quienes rechazan el Estado como punto central de referencia no debería inhibirnos de expresar claramente que deberíamos estar conscientes de que hay una enorme tensión entre ambos enfoques y que éstos empujan hacia direcciones opuestas” (Holloway, 2006:26).

¹⁴ Como bien lo reflejan las palabras de un indígena purhépecha en la última reunión del Congreso Nacional Indígena (CNI), celebrado el 5 y 6 de julio de 2008: “Los partidos cuando llegan nuestras comunidades llegan partidos y también nos parten a nosotros, se van y nos dejan divididos” (citado en Muñoz Ramírez, 2008).

De hecho, dentro del movimiento zapatista existen diferentes posiciones en relación al Estado, desde las comunidades zapatistas en Chiapas que tienen como principio no aceptar ningún apoyo de parte de las distintas dependencias estatales, mientras que grupos, colectivos y organizaciones –generalmente urbanos– que apoyan y colaboran con las y los zapatistas reconocen que en algunos casos tienen relación con el Estado (ya sea a través de subsidios, programas sociales o reconocimiento legal). La autonomía construida en las comunidades chiapanecas no es fácilmente trasladable a los espacios urbanos, donde todavía sigue siendo más bien una pregunta, ya que resulta sumamente complejo construir totalmente por fuera del Estado (Varios participantes en “El Otro Seminario”, Querétaro, 9 de septiembre de 2007).

Se trata, entonces, de seguir discutiendo y profundizando en el análisis del Estado y las relaciones y resistencias frente al mismo, puesto que resulta un problema cotidiano para cualquier lucha. La cuestión es cómo estar dentro o en relación con el Estado y, a su vez, a través de las prácticas y resistencias, contra y más allá del mismo.

Reflexiones finales

La clausura de las relaciones con el sistema político es una de las mayores rupturas en relación con el proyecto político zapatista anterior que plantea la Sexta Declaración. No se trata de una decisión caprichosa del EZLN, sino que se funda en el comportamiento concreto de los partidos y otros actores políticos frente al movimiento zapatista.

Más claramente a partir de la Sexta, hay una lectura del cambio a partir de las prácticas sociales, y no desde las instituciones. Se trata de un cambio en la cultura política y la construcción de un proceso de democratización de las relaciones sociales, no limitado a los tiempos y las restricciones de la política institucional. La experiencia de las comunidades indígenas zapatistas y la articulación de un amplio movimiento social y político emprendido con la *otra campaña* –sin una propuesta nítida y precisa, ya que la idea misma de cambio es una construcción colectiva y que se tiene que ir armando en función de las diversas visiones, posiciones, luchas y análisis así como de las cambiantes correlaciones de fuerzas– buscan una reconstrucción de lo social sobre la base de nuevas prácticas y relaciones. La cuestión es ir abriendo espacios a una nueva sociabilidad, trasladando las distintas situaciones particulares a través de un imaginario que contribuya a cambiar los modos de pensar tales realidades y las relaciones con éstas.

Resulta conveniente recordar las advertencias que hacía lúcidamente Antonio Gramsci a la izquierda de su época: el poder de la clase dominante se sostiene no sólo en el Estado sino que descansa sobre una sociedad civil avanzada y compleja. Las relaciones de poder no se expresan únicamente en el Estado y a través de la coerción, sino que comprenden un complejo entramado de elementos culturales, políticos e ideológicos desplegados en diversos ámbitos de la sociedad. Por lo tanto, el movimiento revolucionario no puede triunfar a través de una guerra de movimiento que ataque al vértice del aparato estatal, sino en la medida que se vayan conquistando y asegurando las posiciones o “trincheras” de la sociedad civil.

Asimismo, Gramsci destacaba que las crisis –sean políticas o económicas– no producen por sí mismas acontecimientos fundamentales. Sólo crean un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras alternativas de pensar, de plantear las cuestiones y de actuar. Para que una crisis desemboque en un proceso revolucionario es preciso que exista previamente una fuerza que exprese el cambio subjetivo: “El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable” (Gramsci, 1998:75). De ahí que sea una tarea esencial ir construyendo y desarrollando dicha fuerza.

Así, el rechazo por parte de las y los zapatistas a la estrategia de tomar el poder y la apuesta por la construcción de un amplio movimiento de organizaciones, colectivos y personas desde la sociedad que impulse transformaciones más paulatinas a través de subjetividades y prácticas alternativas parecen apoyarse en aquellas enseñanzas políticas del viejo Antonio.

Bibliografía

- ABAL MEDINA Juan Manuel (1998), "Los herederos del populismo. La experiencia del PRD y el Frente Grande", en *Nueva Sociedad* N° 157, Caracas, septiembre-octubre, pp. 87-106.
- BARTRA Armando (2005), "Añoranzas y utopías: la izquierda mexicana en el tercer milenio", en César Rodríguez Garavito, Patrick Barrett, Daniel Chávez (eds.), *La nueva izquierda en América Latina: Sus orígenes y trayectoria futura*, Bogotá, Norma, pp. 283-338.
- BELLINGHAUSEN Hermann (2005), "La lenta digestión de la palabra zapatista", en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 243-251.
- BORON Atilio (2001), "La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del zapatismo", en *Chiapas* N° 12, Era, México.
- COLL LEBEDEFF Tatiana (1999), "México, un espacio singular en la emergencia de los nuevos sujetos de la acción social", en *América Libre* N° 16, Buenos Aires.
- GARCIA PONCE Jorge Ignacio (2005), "PRD: Ficción y contradicciones. Los dilemas de un partido débil o el sueño que no fue", en *El Cotidiano*, vol. 20, N° 130, México, pp. 59-68.
- GARRIDO Luis Javier (2005), "La Sexta", en *La Jornada*, México, 8 de julio.
- GRAMSCI Antonio (1998), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 6ª edición.
- HERNANDEZ ALPÍZAR Javier (2006), "No a la confusión", en *Zapateando 2* <http://zapateando2.wordpress.com/2006/09/13/no-a-la-confusion/> [Consultado el 17 de septiembre de 2006]
- HERNANDEZ NAVARRO Luis (2005), "Marcos y López Obrador: La foto rota", en *La Jornada*, México, 17 de agosto.
- HOLLOWAY John (2006), *Contra y más allá del capital. Reflexiones a partir del debate sobre el libro "Cambiar el mundo sin tomar el poder"*, Herramienta Ediciones, Buenos Aires.
- HOLLOWAY John (2000), "El zapatismo y las ciencias sociales en América Latina", en *Chiapas* N° 10, Era, México.
- LEYVA SOLANO Xóchitl y SONNLEITNER Willibald (2000), "¿Qué es el neozapatismo?", en *Espiral* N° 17, vol. VI, México, enero-abril, pp. 141-160.
- LIERA Sebastián (2008), "Del muy otro 2007 al nuevo 2008", en *La Otra Chilanga* <http://laotrachilanga.blogspot.com/> [Consultada el 21 de enero de 2008]
- MELUCCI Alberto (1999), "Teoría de la acción colectiva", en *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México, pp. 25-54.
- MONTEMAYOR Carlos (2005), "Las dos campañas", en *La Jornada*, México, 11 y 12 de agosto.
- MUÑOZ RAMÍREZ Gloria (2008), "Para detener la siembra de tanta muerte", en *La Jornada*, México, 23 de julio.

- MUÑOZ RAMÍREZ Gloria (2004), *EZLN: el fuego y la palabra*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- PÉREZ RUIZ Maya Lorena (2006), “El EZLN y el retorno a su propuesta radical”, en *Cultura y representaciones sociales*, año 1, Nº 1, México, pp. 33-65.
- PINEDA RAMÍREZ Enrique (2005), “Tres bifurcaciones para entender al zapatismo”, en *Revista Contracultural*, Buenos Aires, julio.
- RAMÍREZ Jesús (2005), “Más allá del sistema político”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 301-305.
- ROITMAN ROSENMAN Marcos (2005), “Teóricos y políticos contra el EZLN”, en *La Jornada*, México, 13 de agosto.
- SKOCPOL Theda (1984), *El Estado y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- WALLERSTEIN Immanuel (2006), “La otra campaña en perspectiva histórica”, en *Contrahistorias* Nº 6, México, pp. 73-78.
- ZERMEÑO Sergio (2001), *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, Siglo XXI Editores, México, 3ª edición.
- ZERMEÑO Sergio, GUTIÉRREZ LOZANO Saúl y LÓPEZ Luis Ernesto (2002), “La democracia impertinente: Comités vecinales en una cultura estatal” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, Nº 1, México, enero-marzo, pp. 231-268.
- ZIBECHI Raúl (2003), “Zapatismo e America Latina, una profunda rivoluzione culturale”, en *Carta Settimanale* Nº 46, Roma, 18 de diciembre.

Recursos en Internet

Comunicados, cartas, ensayos y documentos del EZLN, en <http://palabra.ezln.org.mx>

Enlace zapatista, en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx>

La Jornada, en <http://www.jornada.unam.mx>